

comentario sobre esta circunstancia y la naturaleza del catálogo. Resulta indispensable apuntar que, aunque la obra se ha servido de una serie de recursos electrónicos que le permitieron, por ejemplo, acceder a archivos distantes y disponer de varios catálogos locales no publicados, no se observa en ella ningún intento por integrar los resultados de su importantísima labor a un sistema informático. Es claro que el resultado del trabajo de Hans Jörg Uther y su equipo es óptimo: una tipología basada en la revisión exhaustiva de sus antecedentes, que ofrece un material de referencia mucho mejor ordenado, de acuerdo con las últimas tendencias teóricas de su área de estudio. Sin embargo, es necesario preguntarse si el formato impreso de la obra corresponde a sus circunstancias de producción. En la opinión del autor de estas líneas, actualmente la elaboración de sistemas clasificatorios debería plantearse, como uno de sus puntos principales, la conformación de instrumentos más accesibles que contarán además con la posibilidad de actualizarse y expandirse con nuevas referencias y estudios. Sería deseable que una obra de referencia como esta se encaminara ahora hacia el formato electrónico y hacia su existencia como un sistema en red accesible para todos aquellos catalogadores y estudiosos que necesitan consultarla con frecuencia. No podemos, pues, sino aprovechar que esta necesaria revisión haya visto ya la luz y desear que sus resultados se integren algún día en un sistema informático, que representaría, sin duda, un nuevo punto de inflexión para los estudios comparatistas de narrativa tradicional.

SANTIAGO CORTÉS HERNÁNDEZ

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Guilhem Olivier, coord. *Viaje a la Huasteca con Guy Stresser-Péan*. México: FCE-CEMCA, 2008; 539 pp.

Por el año de 1935, Paul Rivet, una eminencia en la antropología francesa de aquella época, tuvo la certeza de que Guy Stresser-Péan era el candidato perfecto para realizar en el plazo de un año algunos estudios etnológicos en México y, de esta manera, continuar el trabajo que otros investigadores, como Robert Ricard y Jacques Soustelle, habían em-

prendido en nuestro país. Pero Stresser-Péan tenía otros planes: en aquel momento a él le interesaba llevar a cabo estudios sobre la prehistoria de África y, aunque esgrimió una serie de inconveniencias — como la de no conocer este país y la de no saber nada de su idioma —, el doctor Rivet consideró, y así se lo comunicó, que “debía saber aprovechar la oportunidad de conocer civilizaciones antiguas y actuales en un país del Nuevo Mundo, y que si no conocía México, pues le enviaba para conocerlo y, finalmente, si no sabía hablar español, solo tenía que aprenderlo” (28). Así, Guy Stresser-Péan, con apenas 24 años de edad, llega a México por primera vez en 1937 y, siguiendo el consejo de Soustelle de estudiar a “los indios huastecos”, se dirigió a la zona que acabó por convertirse en su principal área de investigación: la Huasteca.

En cerca de seis décadas de estancia en México, Guy Stresser-Péan escribió y publicó cuantiosos estudios sobre aspectos que atañen a la etnología, la arqueología y la etnohistoria de la Huasteca. Sin embargo, muchos de sus artículos y ponencias estuvieron durante largo tiempo dispersos y, en algunos casos, resultaban de difícil acceso. El libro intitolado *Viaje a la Huasteca con Guy Stresser-Péan* reúne un buen número de estos escritos con el fin de dar a conocer el trabajo de este reconocido antropólogo y etnohistoriador francés en suelo mexicano.

La estructura de esta publicación consta de cuatro partes: las tres primeras corresponden a las tres disciplinas mencionadas, mientras que la última trata de “Algunos datos sobre las investigaciones francesas en México y en América Central de 1936 a 1977”. Este libro incluye, además, una serie de entrevistas que el propio coordinador de esta obra, Guilhem Olivier, realizó entre los años 2003 y 2004. Es una pequeña sección que resulta muy atractiva, ya que en ella el propio autor nos habla de viva voz sobre diversos sucesos y vicisitudes que protagonizó en sus múltiples viajes; son testimonios, aderezados con algunas anécdotas — a veces divertidas, otras más bien crudas —, sobre asuntos inherentes a la experiencia directa que enfrenta comúnmente el investigador de campo, sucesos que no se dicen y tampoco aparecen en los escritos ulteriores. Un ejemplo son los hechos acontecidos en 1951, alrededor de la ejecución del ritual de Los voladores que debía hacer un danzante en Chichicastenango, Guatemala. En aquel entonces, los quichés de ese lugar no realizaban la danza todos los años y había que buscar una razón de peso para exhor-

tarlos a que la hicieran en la fecha programada. Se recurrió a Raphaël Girard, antropólogo suizo que tenía relaciones oficiales con el gobierno de ese país. Ya que él mismo estaba interesado en esta danza, se puso en contacto con las autoridades del pueblo con el fin de que esta se llevara a cabo, sin más motivo que su sola presencia. Él mismo se adelantó para supervisar el evento y aprovechó esta circunstancia para entrevistar al jefe de la danza, persuadiéndole con ayuda de ingestiones prolongadas de aguardiente. De tal manera que, al día siguiente, cuando Stresser-Péan llegó al lugar, le informaron que posiblemente no se haría la danza porque el capitán “no parecía estar disponible”.

Averiguamos qué pasaba y, efectivamente, estaba bañado en alcohol. Pero, puesto que las autoridades de Chichicastenango habían prometido al gobierno que la danza se llevaría cabo, presionaron al capitán del Volador para que viniera a participar, sin importar cual fuera su estado físico. Él se encontraba totalmente titubeante pero le dieron la orden de subir (34).

Su mujer, horrorizada ante la idea de que su marido pudiera caer del palo, armó tal escándalo que acabaron por mandar a los dos a la cárcel. “Aun así, a final de cuentas, subió al palo, bien que mal, y pudimos más o menos ver la ‘Danza del Volador’ de Chichicastenango, que era uno de los principales objetivos de nuestra excursión a Guatemala” —nos dice el autor (35).

La pasión de Stresser-Péan por la región huasteca y su capacidad de abordar los temas de su interés desde diversas perspectivas, lo llevaron a recorrer un gran número de lugares a lo largo y ancho de esta rica y variada zona, lo cual se ve reflejado a través de los diversos escritos que componen esta antología. Algunas de estas poblaciones son Tantoyuca, en Veracruz; Tamaletom y Tamuín en San Luis Potosí; Pahutlán y Xicotepec, en la Sierra Norte de Puebla y, en Tamaulipas, la región de Tampico y los sitios arqueológicos ubicados en San Antonio Nogalar y Vista Hermosa. Más allá de las fronteras huastecas, visitó la región totonaca, en Veracruz y, motivado por sus investigaciones, llegó hasta suelo quiché en Guatemala, como ya se vio. Ocasionalmente, también estudió y escribió sobre lugares que no conoció directamente, como es el caso de la amplia monografía que, en colaboración con Robert Gessain,

elaboró sobre los tepehuas de Huehuetla, Hidalgo (97-116). Este artículo conjunta datos recopilados anteriormente por el propio Robert Gessain y su esposa, quienes tuvieron que interrumpir su investigación debido a una fuerte amibiasis que los obligó a regresar a Francia tres meses después de haber llegado a México, en 1937. Los contenidos en este trabajo siguen escrupulosamente la clásica estructura etnográfica que será utilizada posteriormente, y durante varios años, por antropólogos mexicanos: ubicación geográfica y medio climático, demografía y relaciones interétnicas, técnicas de construcción, actividades y principales roles sociales y de trabajo, escolaridad, economía y alimentación, indumentaria, ciclo de vida, fiestas cristianas, ceremonias rituales y danzas.

Como arqueólogo, el autor realizó importantes descubrimientos. Una de las excavaciones más sobresalientes se llevó a cabo en Vista Hermosa, municipio de Nuevo Morelos, Tamaulipas, lugar en el que se hallaron varias sepulturas, cuyas ofrendas y ajuares, de ricos y pobres, denotaban un pueblo con estratificación social y cierta especialización profesional (191-98). Por otro lado, en ese mismo lugar se encontró un esqueleto femenino que revelaba un “caso anormal de decapitación huasteca” (199-209). Cabe mencionar que la descripción tan detallada de Stresser-Péan en este estudio nos indica que tenía profundos conocimientos de la anatomía humana y, posiblemente, se acercó también a la antropología física.

El trabajo realizado en Tamtok, cerca de Tamuín, San Luis Potosí –sitio de particular interés por sus grandes dimensiones– (171-186), así como el que llevó a cabo en San Antonio Nogalar, al pie de la sierra de Tamaulipas (229-243), pone en evidencia la importancia que tuvo para Stresser-Péan el tema de las culturas en la región limítrofe septentrional de Mesoamérica, es decir en un área marginal que recibía los embates de grupos cazadores nómadas, cuyos rasgos influían en aquellas zonas nórdicas. En un principio, por ejemplo, el sitio de San Antonio Nogalar le llamó la atención por el ajuar y el material osteológico que pudiera haber en las sepulturas, pero después fue su ubicación geográfica la que realmente le interesó: “A menudo se dice que las ciencias progresan por sus fronteras. Igualmente, sucede que el conocimiento de las áreas culturales progresa por el estudio de sus zonas marginales” (229).

Desde la óptica etnohistórica se interesó de manera especial en la religión prehispánica, y partió del estudio de oraciones, sacrificios y leyendas. También le dio una importancia especial a las relaciones interétnicas entre huastecos, nahuas y otros grupos aledaños, así como al proceso de evangelización de los indios de la sierra de Puebla. Por otro lado, gracias a sus estudios en este campo se dieron a conocer dos fuentes indígenas del temprano periodo colonial: el *Códice de Xicotepetl* y *Los Lienzos de Acaxochitlán*. De gran interés es el artículo "Fuentes antiguas sobre la Huasteca" (380-413), en el que, primero, proporciona una relación bastante exhaustiva de los escritos hechos por conquistadores y religiosos durante los siglos XVI, XVII y XVIII; posteriormente, nos ofrece varios párrafos organizados que abundan en datos sobre los diferentes pobladores de la región, su ubicación geográfica, leyendas sobre los orígenes, información sobre el periodo tolteca, invasiones chichimecas y conquistas mexicas, entre muchos otros elementos.

Como etnólogo, puso especial énfasis en dos temas sobre los que volvió varias veces: el culto a los puntos cardinales entre los huastecos y lo concerniente a los ritos del famoso Palo volador y el que se conoce como Comelagatoazte (Miguel León-Portilla, prólogo: 14), dos danzas de claro origen prehispánico. Sin embargo, aunque no con la misma profundidad, Stresser-Péan se interesa por otras danzas, también huastecas, como la Danza de los Mecos, la Danza de Tzakam son y la Danza de las Varitas, de Tanlajás, San Luis Potosí, y la Danza de las Águilas y la Danza de los Jaguares de los huastecos veracruzanos de Tantoyuca (91-94). Expresiones rituales de este tipo practicadas entre grupos vecinos a los huastecos no pasaron desapercibidas para este estudioso, como la danza nahua "de las *Xochitini*", ampliamente difundida en la región de Huejutla, Hidalgo — a la que le atribuye un nexo con el antiguo dios azteca Xochipilli, el príncipe de las flores (52) —, las danzas De Tocotines, De las Pastoras y el Tambulan entre los tepehuas (108-115), y las danzas totonacas De Negritos y De Guaguas.

Probablemente, uno de los elementos más llamativos de la obra de Stresser-Péan es la capacidad de ver y analizar sus diferentes temas de estudio desde una perspectiva diacrónica que no excluía el acercamiento sincrónico, y viceversa, utilizando herramientas de diferentes ciencias; una tendencia natural, casi inevitable, que no resulta común,

ni entonces ni ahora (al menos no promovido por una sola persona), lo que ubica su trabajo entre los esfuerzos contemporáneos que buscan respuestas a partir de una visión interdisciplinaria.

Una muestra significativa de esta percepción multidisciplinaria es el alcance de sus pesquisas al tratar sobre el origen, desarrollo y permanencia de la Danza de los Voladores, ya mencionada. Su primer encuentro con esta danza ocurrió hacia 1938, en una pequeña comunidad tének llamada Tamaletom, que se ubica en el municipio de Tancanhuitz de Santos, San Luis Potosí. Esto fue después de hacer una serie de “complicadas diligencias” que dieron nuevamente vida a esta danza, que para entonces ya no se practicaba en ese lugar (81). Posteriormente, Stresser-Péan tuvo la oportunidad de verla entre los totonacos de Papantla, Veracruz. Esto, más el hecho de que ya existía entonces una literatura significativa sobre el tema, lo motivaron a emprender un estudio comparativo más amplio, que propició viajes posteriores a diversos lugares, como Atlapexco, Hidalgo y, más allá de las fronteras nacionales, hasta Chichicastenango, Guatemala.

Su perfil antropológico se nos revela cuando observamos la profundidad con que aborda esta popular Danza del Volador, tomando en cuenta, por un lado, los diversos aspectos y etapas que forman parte del ritual completo: elección del árbol, ritos del derribo del mismo, del descortezamiento del tronco, de su arrastre, de su entierro y elevación, la ceremonia de sacralización de los danzantes, las ofrendas hechas a cada una de las partes del ritual, los cantos y, por supuesto, describe con detalle el ciclo de ascenso y descenso de los voladores o “águilas” (81-83).

Por otro lado, su interés por interpretar el significado de los orígenes lo llevó a indagar sobre las descripciones y grabados realizados en los dos primeros siglos coloniales. Una de las interpretaciones más sobresalientes era la de fray Bernardino de Sahagún, quien proponía que las 13 vueltas que los voladores realizaban, multiplicadas por los cuatro danzantes, daban la cantidad de 52, que era el número de años del siglo indígena (32-33). Stresser-Péan refutó esta idea por considerarla superficial, pues verificó en repetidas ocasiones que el número de danzantes era variable. Un grabado en la obra de Oviedo de 1528 (lámina no. 22) registró la intervención de dos voladores en Nicaragua, situación que nuestro autor presencié en pleno siglo XX entre los voladores nahuas

de Atlapexco. Por otro lado, en el siglo XVII, Torquemada registró este “vuelo” con seis danzantes, tal como sucedía todavía entre los otomíes de Pahuatlán, Puebla y, posteriormente, Clavijero dijo haber visto este rito ejecutado por ocho danzantes, lo que observó Nebel en la sierra de Huauchinango, Puebla, en el siglo XIX (83).

Estas conclusiones, derivadas de la confrontación de las fuentes etnohistóricas con el trabajo de campo, contravenían los presupuestos que a mediados del siglo pasado defendían las eminencias europeas, lo que más de una vez propició que se le llamara la atención: “Usted hizo a un lado muy fácilmente una opinión emitida por un prestigioso autor del siglo XVI”, refiriéndose a Sahagún (32).

Un dato adicional: era tal el grado de acercamiento de este autor en el campo, que lograba que los lugareños lo vieran como uno de ellos; prueba de esto es que en una ocasión se le permitió ser él mismo uno de los voladores.

En el trabajo de Guy Stresser-Péan es interesante ver la importancia que le da a la dimensión *emic* de la información obtenida, es decir, a lo que los propios indios piensan y comentan y al análisis comparativo. Un ejemplo, entre muchos otros, lo vemos cuando, al tratar de probar su idea de que un teponaztle precolombino encontrado en una gruta de Xicotepec, Puebla, representa un mono y no un perro como los propios indígenas del lugar aseguran, va más allá de su conocimiento en escultura clásica huasteca y nos remite a un pueblo totonaco vecino llamado Ozomatlán, cuyo nombre “casualmente” significa “lugar del mono”, y cuyos habitantes presumen que ese instrumento les había sido robado por los de Xicotepec, un pueblo jerárquicamente superior. Son datos que por supuesto deben verificarse, pero para el autor este comentario es una buena oportunidad para señalar que las tradiciones conservadas por los indígenas merecen atención (53).

Otro elemento que destaca en el libro *Viaje a la Huasteca con Guy Stresser-Péan* es que, a partir de las múltiples referencias a lo largo de sus páginas, podemos darnos cuenta del intenso trabajo etnográfico que se llevó a cabo a mediados del siglo XX por diversos investigadores europeos, particularmente franceses. La cuarta y última sección de esta publicación está dedicada a señalar el trabajo que diversas exploraciones, misiones, fundaciones e investigadores franceses realizaron en nuestro país.

Complementan esta publicación 51 fotografías donde se aprecian diversos aspectos derivados de los diferentes estudios que se incluyen aquí: actividades cotidianas como la construcción de casas de palma, la pesca, la alfarería y el tejido; diversos ritos y ceremonias; instrumentos musicales y objetos preciosos prehispánicos; danzas huastecas contemporáneas, y sitios arqueológicos, excavaciones y objetos varios localizados, como estatuillas, estelas, sepulturas y ofrendas. Muchas de ellas fueron tomadas por el propio autor; otras son obra de Jacques Stresser-Péan, de Claude Stresser-Péan, de Alain Ichon, Guérin-Desjardins, Yves Guidon, Bodil Christensen, De Lagarde y Jean-Pierre Courau. También se incluye un extraordinario dibujo de un penacho de volador huasteco, realizado por E. Gallois y un DVD que reproduce una filmación que Stresser-Péan hizo de la Danza del Volador y de la Danza Colorada en Tamaletom, comunidad huasteca de San Luis Potosí, en el año de 1953: una verdadera joya.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ  
CENIDIM, INBA

Ángel G. Quintero Rivera. *Cuerpo y cultura: las músicas "mulatas" y la subversión del baile*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2009; 394 pp.

El profesor puertorriqueño Ángel Quintero es, desde hace décadas, uno de los investigadores en ciencias sociales —su campo se diría que se halla a mitad de camino entre la sociología y la antropología— más importantes de Hispanoamérica, en especial del área del Caribe. Sus libros relativos a la vida y a la mentalidad de las clases populares, a la religiosidad tradicional, a la transición de las culturas campesinas a las urbanas y, últimamente, al canto y al baile como conformadores de las identidades y de los imaginarios colectivos de los pueblos son referencias fundamentales en cada una de esas materias. Y trabajos de madurez como este que acaba de nacer asombran no solo por su solidez intelectual, sino también por la originalidad —casi ardorosamente juvenil— de sus enfoques y planteamientos. Ya que, casi tanto como libro de síntesis y culminación de muchos años de trabajo tiene mucho